

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

XIII.- ZAQUEO: SALVAR LO QUE ESTABA PERDIDO.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS.

Seguimos orando sobre diferentes encuentros con el Señor, porque nosotros queremos encontrarle y encontrarnos personalmente con Él, porque el Señor siempre sale al encuentro, se hace el encontradizo porque nos ama.

Para poder encontrarme con el Señor necesito darme cuenta de que la fe cristiana es un encuentro vivo, personal y real con Jesucristo. Como dijo el Papa Benedicto XVI. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Deus caritas est, n. 1).

Y como dice el Papa Francisco en “Evangelii gaudium” 3: “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él.”

A veces, el encuentro con el Señor reviste un carácter de “lucha”, como vimos que le ocurrió a Jacob. Otras veces, es en ese encuentro con el Señor cuando descubrimos nuestra vocación personal, como en el caso de Gedeón. En otras ocasiones, el Señor nos provoca para hacer salir de nosotros una respuesta de verdadera fe, como la mujer cananea. Y otras veces, el encuentro con el Señor se produce en el contexto de una tranquila conversación en la noche, como vimos que le ocurrió a Nicodemo.

También el encuentro con Jesús es posible para quienes parecen estar excluidos y apartados de la sociedad, como le ocurrió al endemoniado de Gerasa; o atraviesan situaciones de profundo dolor y sufrimiento, como la viuda de Naín; o para quienes, por diferentes circunstancias personales o sociales, nos parece que están más alejados de Él, como la mujer pecadora. Incluso el encuentro es posible también para quien “oficialmente” es un enemigo, como el centurión romano, pero que en realidad es un auténtico testigo de fe.

También hemos visto que hay algo necesario para encontrarnos con el Señor: y es desear conocerle, como los griegos que se dirigieron al Apóstol Felipe porque querían ver a Jesús. Y también hay que tener en cuenta que el encuentro con el Señor a lo mejor no responde a nuestras expectativas; más aún, nos puede incluso escandalizar.

El encuentro con el Señor es posible aun estando en medio de una tempestad, en medio de los contratiempos, incluso de los más graves problemas y situaciones que puedan aquejarnos en lo personal o en lo social.

Incluso en el encuentro con el Señor a veces también deberemos asumir una actitud creativa, valiente, como vimos en el último retiro de los amigos que llevaban al paralítico o sin miedo al qué dirán, como veremos hoy en Zaqueo, Jesús desea acercarse a la vida de cada uno para que su vida y la nuestra se encuentren realmente y poder así salvar lo que estaba perdido.

Para la reflexión:

- ¿Qué encuentros con el Señor he tenido en mi vida? ¿Se asemejan a alguno de los que hemos contemplado en estos retiros?
- ¿Qué hago para facilitar mi encuentro con el Señor? ¿Qué no estoy dispuesto a hacer?

JUZGAR –

Lc 19, 1-10:

En aquel tiempo, entró Jesús en Jericó y atravesaba la ciudad. Un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de distinguir quién era Jesús, pero la gente se lo impedía, porque era bajo de estatura. Corrió más adelante y se subió a una higuera, para verlo, porque tenía que pasar por allí. Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y dijo:

«Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa.»

Él bajó en seguida y lo recibió muy contento. Al ver esto, todos murmuraban, diciendo:

«Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador.»

Pero Zaqueo se puso en pie y dijo al Señor: «Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más.»

Jesús le contestó: «Hoy ha sido la salvación de esta casa; también éste es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.

El encuentro de Jesús con el rico Zaqueo es un relato conocido. Además de sus características físicas (**era bajo de estatura**), Zaqueo viene descrito con dos rasgos que definen con precisión su vida. Es **«jefe de publicanos»** y es **«rico»**, jefe de recaudadores. Para la gente de Jericó, un ser despreciable, un hombre corrupto, avaro y sin escrúpulos. Para los sectores religiosos, **«un pecador»** sin conversión posible, “colaboracionista”, excluido de toda salvación.

A pesar de sus riquezas, de su estatus social, Zaqueo se siente solo, vacío, por todo quiere ver a Jesús. No es mera curiosidad. Quiere saber quién es, qué se encierra en este Profeta que tanto atrae a la gente. Y este deseo de encontrarse con Jesús va a cambiar su vida.

BAJOS DE ESTATURA

Como hemos dicho, Zaqueo **era bajo de estatura**, en sentido físico y moral. A base de cometer bajezas, su personalidad se había visto reducida. Además, estaba señalado como pecador público.

Zaqueo quería encontrarse con Jesús, pero tendrá que superar diferentes obstáculos, además de su baja estatura, sobre todo porque su vida no está motivada por ideales muy nobles. Y la gente es otro impedimento, no sólo porque le impidan ver físicamente a Jesús, sino porque tendrá que superar los prejuicios sociales y religiosos que no entienden que busque el encuentro con Jesús.

Pero Zaqueo prosigue su búsqueda con sencillez y sinceridad, y se sube a un árbol como un niño. No piensa en su dignidad de hombre importante. Sólo quiere encontrar el momento y el lugar adecuado para ver pasar a Jesús.

Zaqueo se conformaba sólo con eso, con verlo pasar por allí, pero Jesús provoca el verdadero encuentro, llamándolo por su nombre y haciéndole una propuesta increíble: **Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa.** Jesús no le pide a Zaqueo que lo invite a comer, le dice que quiere alojarse en su casa. Se trata de algo mucho más personal incluso que comer juntos.

Pero también quienes rodean a Zaqueo son “bajos de estatura” moral y espiritual: se ponen a murmurar y a señalar a Jesús porque **Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador**. Para ellos, la comunión en la mesa implicaba también comunión de vida, y por su “baja estatura” no saben descubrir la misericordia de Dios que se hace presente en Jesús.

Y también nosotros somos “bajos de estatura”, en muchos sentidos. Unas veces por nuestra mezquindad, por nuestra estrechez de miras, por nuestra intransigencia. Y otras veces porque tenemos una baja consideración de nosotros mismos y no nos sentimos a la altura de las circunstancias, sean de tipo personal, familiar, laboral... Nos vemos superados por la situación, no sabemos cómo responder y nos sentimos inferiores, “no damos la talla”.

Pero al igual que con Zaqueo, Jesús viene a nuestro encuentro y nos recuerda cuál es nuestra verdadera “estatura”: somos hijos e hijas de Dios, amados por Él desde siempre, y ésa es nuestra auténtica grandeza y dignidad. Dios nos ama tal como somos, y no hay pecado, defecto o error que lo haga cambiar de idea. Para Jesús nadie es “bajo de estatura”, inferior o insignificante, sino que todos somos importantes para Él y quiere hospedarse en nuestra casa, en nuestro corazón.

Cuando nos sintamos “bajos de estatura”, recordemos esto: Dios es fiel en su amor, y hasta obstinado. Nos ama más de lo que nosotros nos amamos, cree en nosotros más que nosotros mismos. Siempre nos espera con esperanza, incluso cuando nos encerramos en nuestra “baja estatura”: Él siempre cree que podemos crecer, porque somos siempre sus hijas e hijos amados.

Reconozcamos sinceramente nuestra “baja estatura”, pero aprendamos de Zaqueo a acercarnos a Jesús. No nos conformemos con verle pasar, busquemos el encuentro con Él, que comparte con nosotros su Mesa, su Pan, Él mismo, para sacarnos de todas nuestras bajas estaturas y animándonos a crecer, a cambiar, a convertirnos.

Para la reflexión:

- ¿Qué denota que en algunos aspectos soy “bajo de estatura”? ¿En qué “no doy la talla”?
- Los que rodeaban a Zaqueo también eran bajos de estatura: ¿Tengo esa experiencia? ¿Quiénes me impiden, directa o indirectamente, que me encuentre con Jesús?
- ¿Me siento amado por Dios? ¿Quiero crecer?

CONVERSIÓN

Acabamos de decir que el encuentro con el Señor nos saca de nuestras “bajas estaturas” y nos anima a crecer, a cambiar, a convertirnos, como le ocurrió a Zaqueo. Su encuentro con Jesús le hace descubrir que también Jesús le está buscando a él: **hoy tengo que alojarme en tu casa**. Hay momentos decisivos en los que Jesús pasa por nuestra vida porque quiere salvar lo que nosotros estamos echando a perder, empezando por nosotros mismos. No los hemos de dejar escapar.

Dios no excluye a nadie, no se deja condicionar por nuestros prejuicios humanos, sino que ve en cada uno una persona que es preciso salvar. Y le atraen especialmente aquellas personas a las que los demás consideran perdidas y que así lo piensan ellas mismas. Al buscar encontrarse con ellas, Jesús no quita nada a la gravedad de sus “bajezas”, sino que busca siempre salvar al pecador, ofrecerle la posibilidad de volver a comenzar, de convertirse.

Lucas no describe detalles del encuentro entre ambos. Sólo habla de la transformación de Zaqueo: cambia su manera de mirar la vida: ya no piensa solo en su dinero sino en el sufrimiento de los demás. Cambia su estilo de vida: hará justicia a los que ha explotado y compartirá sus bienes con los pobres. Según la ley mosaica, Zaqueo estaba obligado a restituir el total sustraído y un quinto más de la suma; la ley romana imponía el cuádruplo. Pero Zaqueo está dispuesto a repartir entre los pobres la mitad de su hacienda.

Las pruebas de que Zaqueo aporta de su conversión al bien, a la justicia... demuestran un cambio total de mentalidad y de conducta, es decir, una conversión auténtica. Su pequeña figura se agiganta gracias al amor que le hace crecer, liberándolo de su egoísmo explotador. Al renunciar al afán de acumular, optó por la alegría de compartir.

Zaqueo siente el amor de Dios a él a través de Jesús. Y Zaqueo agradece ese amor con una generosidad sin límites para con la gente a quien antes había perjudicado. La esencia de la conversión de Zaqueo consiste en que, al sentirse tratado como «hijo», comienza a pensar y a comportarse como un hijo, y lo demuestra redescubriendo a los hermanos. Tras el encuentro amoroso con el Señor, su corazón se abre al amor del prójimo.

Para convertirnos, para que cambie nuestra vida, basta que deseemos de verdad, como Zaqueo, encontrarnos con Jesús, conocerle, “alojarlo” en nuestra vida. Jesús quiere también encontrarse con nosotros, para hacernos descubrir todo lo que Dios nos ama y provocar así nuestra conversión. Y nos sorprenderemos de la libertad interior con que transformamos nuestra vida.

Para la reflexión:

- Hay momentos decisivos en los que Jesús pasa por nuestra vida porque quiere salvar lo que nosotros estamos echando a perder, empezando por nosotros mismos. ¿He vivido esta experiencia? Recuerdo ahora esas circunstancias.
- ¿Qué “conversiones” he vivido a lo largo de mi vida? ¿En qué sigo necesitando una conversión?
- Zaqueo siente el amor de Dios a él a través de Jesús. La esencia de la conversión de Zaqueo consiste en que, al sentirse tratado como «hijo», comienza a pensar y a comportarse como un hijo. ¿Experimento el amor de Dios de modo concreto? ¿Me siento “hijo” suyo?

ACTUAR: SALVAR LO QUE ESTABA PERDIDO

Todos llevamos un “Zaqueo” en nuestro interior. Somos esa persona que Dios busca sin descanso. Hoy, Jesús nos sale al encuentro, nos llama por nuestro nombre y expresa su deseo de alojarse en nuestra casa, en nuestra vida, para llenarla de su salvación.

Lucas narra el episodio de Zaqueo para que descubramos mejor lo que podemos esperar de Jesús. El Señor al que invocamos y seguimos en las comunidades cristianas **ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido**. Por eso la verdadera búsqueda no era la de Zaqueo, sino la de Jesús. Dios no paró hasta encontrarse con Zaqueo para que llegase a la conversión.

Por eso, ante su conversión, Jesús afirma: **Hoy ha sido la salvación de esta casa**. Y este “hoy” nos trae a la memoria otro “hoy” que pronunció Jesús en la sinagoga de Nazaret: **Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír** (Lc 4, 21). Es decir, Jesús cumple la salvación de lo que estaba perdido, es la Buena Noticia para los pobres y pecadores. Así se hace efectivo “hoy” el amor de Dios.

Ese «hoy» es muy importante. Constituye una especie de estímulo. En la vida hay asuntos tan importantes y urgentes que no pueden dejarse para el día de mañana. Deben afrontarse ya «hoy». Por eso, el «hoy» de Cristo debería resonar con toda su fuerza en nuestro corazón y hacerlo sensible para servir al prójimo. Es una llamada que Cristo nos hace constantemente, aunque a cada uno de forma diversa.

Además, el encuentro entre Zaqueo y Jesús también ayuda a responder a la pregunta que muchos, al llegar a la edad adulta, nos hacemos: ¿Todavía puedo cambiar? ¿No es ya demasiado tarde para rehacer una vida que, en buena parte, he echado a perder? ¿Qué pasos puedo dar?

Tarde o temprano, todos corremos el riesgo de «instalarnos» en la vida renunciando a cualquier aspiración de vivir con más calidad humana. Los creyentes hemos de saber que un encuentro más auténtico con Jesús puede hacer nuestra vida más humana y, sobre todo, más solidaria.

Cristo apuesta por las posibilidades del ser humano, a veces ni siquiera conocidas por el propio interesado. Apuesta sobre lo mejor que hay en cada individuo, mientras nosotros estamos siempre dispuestos a resaltar lo peor.

Por eso, el encuentro con Él también nos debe llevar a la conversión, como a Zaqueo. Y la conversión, la transformación interior, ha de proyectarse exteriormente en una acción en la comunidad humana en que el cristiano vive. Jesús realizó la salvación en el “hoy” del presente y no sólo para el más allá. Por eso, el verdadero seguidor de Cristo se aplica también, como su Señor, a la tarea de **buscar y salvar lo que estaba perdido**. Ésa será la señal de nuestra conversión.

Como Zaqueo, dejémonos también llamar por nuestro nombre por Jesús. Escuchemos su voz que nos dice: **hoy tengo que alojarme en tu casa**, es decir, en tu corazón, en tu vida. Y acójámosle con alegría. Él puede cambiarnos, puede convertir nuestro corazón de piedra en corazón de carne, puede liberarnos del egoísmo y hacer de nuestra vida un don de amor.

Zaqueo acogió a Jesús y se convirtió, porque antes Jesús lo había acogido a él. No lo había condenado, sino que había respondido a su búsqueda y su deseo de salvación. Que también nosotros experimentemos la alegría de encontrarnos con el Hijo de Dios, para quedar renovados por su amor y transmitir a los demás su misericordia con obras y palabras.

Para la reflexión:

- ¿De qué necesito ser salvado?
- El «hoy» de Cristo debería resonar con toda su fuerza en nuestro corazón y hacerlo sensible para servir al prójimo. En la vida hay asuntos tan importantes y urgentes que no pueden dejarse para el día de mañana. ¿En qué aspectos de mi vida, de mi entorno familiar, eclesial, social... he de actuar “hoy”, como cristiano?
- El encuentro entre Zaqueo y Jesús también ayuda a responder a la pregunta que muchos, al llegar a la edad adulta, nos hacemos: ¿Todavía puedo cambiar? ¿No es ya demasiado tarde para rehacer una vida que, en buena parte, he echado a perder? ¿Qué pasos puedo dar? ¿Me he hecho estas preguntas? ¿Qué respuesta he encontrado?
- La conversión, la transformación interior, ha de proyectarse exteriormente en una acción en la comunidad humana en que el cristiano vive. ¿Cómo se manifiesta externamente ese sentirme “hijo” de Dios? ¿Qué acciones llevo a cabo en los ámbitos que conforman mi vida?
- ¿Qué voy a hacer para encontrarme con el Señor y que Él pueda alojarse mejor en “mi casa”, en mi vida?

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

XIII.- ZAQUEO: SALVAR LO QUE ESTABA PERDIDO.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS:

- ¿Qué encuentros con el Señor he tenido en mi vida? ¿Se asemejan a alguno de los que hemos contemplado en estos retiros?
- ¿Qué hago para facilitar mi encuentro con el Señor? ¿Qué no estoy dispuesto a hacer?

JUZGAR – Lc 19, 1-10:

En aquel tiempo, entró Jesús en Jericó y atravesaba la ciudad. Un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de distinguir quién era Jesús, pero la gente se lo impedía, porque era bajo de estatura. Corrió más adelante y se subió a una higuera, para verlo, porque tenía que pasar por allí. Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y dijo:

«Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa.»

Él bajó en seguida y lo recibió muy contento. Al ver esto, todos murmuraban, diciendo: «Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador.»

Pero Zaqueo se puso en pie y dijo al Señor: «Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más.» Jesús le contestó: «Hoy ha sido la salvación de esta casa; también éste es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.

BAJOS DE ESTATURA

- ¿Qué denota que en algunos aspectos soy “bajo de estatura”? ¿En qué “no doy la talla”?
- Los que rodeaban a Zaqueo también eran bajos de estatura: ¿Tengo esa experiencia? ¿Quiénes me impiden, directa o indirectamente, que me encuentre con Jesús?
- ¿Me siento amado por Dios? ¿Quiero crecer?

CONVERSIÓN

- Hay momentos decisivos en los que Jesús pasa por nuestra vida porque quiere salvar lo que nosotros estamos echando a perder, empezando por nosotros mismos. ¿He vivido esta experiencia? Recuerdo ahora esas circunstancias.
- ¿Qué “conversiones” he vivido a lo largo de mi vida? ¿En qué sigo necesitando una conversión?
- Zaqueo siente el amor de Dios a él a través de Jesús. La esencia de la conversión de Zaqueo consiste en que, al sentirse tratado como «hijo», comienza a pensar y a comportarse como un hijo. ¿Experimento el amor de Dios de modo concreto? ¿Me siento “hijo” suyo?

ACTUAR: SALVAR LO QUE ESTABA PERDIDO

- ¿De qué necesito ser salvado?
- El «hoy» de Cristo debería resonar con toda su fuerza en nuestro corazón y hacerlo sensible para servir al prójimo. En la vida hay asuntos tan importantes y urgentes que no pueden dejarse para el día de mañana. ¿En qué aspectos de mi vida, de mi entorno familiar, eclesial, social... he de actuar “hoy”, como cristiano?
- El encuentro entre Zaqueo y Jesús también ayuda a responder a la pregunta que muchos, al llegar a la edad adulta, nos hacemos: ¿Todavía puedo cambiar? ¿No es ya demasiado tarde para rehacer una vida que, en buena parte, he echado a perder? ¿Qué pasos puedo dar? ¿Me he hecho estas preguntas? ¿Qué respuesta he encontrado?
- La conversión, la transformación interior, ha de proyectarse exteriormente en una acción en la comunidad humana en que el cristiano vive. ¿Cómo se manifiesta externamente ese sentirme “hijo” de Dios? ¿Qué acciones llevo a cabo en los ámbitos que conforman mi vida?
- ¿Qué voy a hacer para encontrarme con el Señor y que Él pueda alojarse mejor en “mi casa”, en mi vida?

